

LA CULTURA

I

El análisis de los instintos nos ha mostrado que existe en ellos, en el hombre, una insuficiencia y una imprevisión de tal magnitud, que necesitan un poder superior, trascendente, para regularlos. E incluso su plasticidad es necesaria para que la inteligencia pueda intervenir. Lo que significa, muy exactamente, que la humanidad está hecha para vivir en estado de cultura. La cultura no es en absoluto un feliz accidente o un lujo: es la propia definición del hombre. Hacerse una falsa idea de la cultura, es desconocer al hombre. Si la cultura no basta para nada, es útil para todo, y la religión sin cultura no es más que una superstición. Y para el que quiera hacer bien al hombre, como decía Montaigne traduciendo a Aristóteles, es muy importante que tenga una justa idea de la cultura.

Los franceses identifican fácilmente toda la cultura con lo que ellos llaman la cultura general: y es esta cultura la que denomina en toda nuestra enseñanza secundaria, y la que muchos pretenden defender contra la barbarie —rusa para los unos y americana para los otros— que amenaza. De todas maneras, se opone siempre al hombre cultivado al especialista. Y ahí tal vez se cometa un error mortal. En realidad, el miedo a la especialización es sin duda alguna el significado más neta de la falta de cultura. Las generalidades no son filosóficas, decía siempre Bergson después de Ravaisson: están fuera, tanto de la cultura, como de la filosofía. Desde los tiempos de Montaigne, gusta mucho oponer la cabeza bien hecha y la cabeza bien llena. Pero no hay nada tan peligroso como una fórmula así. Parece que intente marcar una oposición, lo que sería un paralogismo: lo contrario de la cabeza bien llena no es la cabeza bien hecha sino la cabeza vacía. Este pensamiento tuvo, seguramente, un valor netativo o, más bien, polémico: su objetivo era oponer la sabiduría del juicio al conjunto de conocimientos con que se sobrecarga la memoria. Y esto, porque en tiempos del Renacimiento,

había una cierta forma del conocimiento científico que consistía esencialmente en la erudición de los humanistas: era una cuestión de pura memoria.

El mérito de un Montaigne o de un Charron fue oponer la sabiduría a la erudición. Pero muy a menudo se olvida la crítica cartesiana. Lo que Descartes reprocha a Montaigne es no comprender la verdadera naturaleza de la ciencia, oponerla a la sabiduría y así preconizar una sabiduría *sin contenido*. Escogiendo las matemáticas como tipo de conocimiento, Descartes, al contrario, hace pasar la ciencia de la memoria a la razón: ya no es cuestión de erudición, sino de juicio, de opinión personal. Se une, pues a Montaigne y a Charron en sus críticas contra la erudición que adorna a la memoria, sin formar el juicio, pero entonces no es la ciencia lo que él critica, porque la acumulación de conocimientos en la memoria es ante sus ojos lo contrario de la ciencia, a partir del momento en que la ha reducido al sano uso de la razón. La revolución cartesiana consistió en conferir su verdadero sentido a la idea de la ciencia y hacer cesar, al mismo tiempo, el divorcio de hecho pronunciado por el Renacimiento entre Ciencia y Sabiduría. Además, no existe separación entre la memoria y la razón, y los que hablan mal de su memoria para que se alabe su juicio se equivocan por partida doble. El recuerdo no es una facultad autónoma: es una función del espíritu y, por tanto, refleja el grado de unificación y de organización de la inteligencia. Una mala inteligencia es signo de una personalidad todavía informe o en vías de disgregación: todo olvido es, en primer lugar, olvido de sí mismo. La organización mnemónica es el reflejo de la organización espiritual.

El esfuerzo realizado por Descartes casi no se ha renovado. A menudo nos contentamos con oponer una sabiduría de origen antiguo a los conocimientos y a las técnicas modernas. Y de ahí surge una especie de separación entre la escuela y la vida, y la anemia de una cultura que intenta vivir de una tradición sin contacto con la realidad presente. Se ha dicho, prolongando la frase de Montaigne, que la cultura es lo que queda cuando se ha olvidado todo. Fórmula sorprendente que tiene al menos el mérito de precisar el problema. En efecto, ¿Qué nos queda cuando ya lo hemos olvidado todo? Simplemente, un método. Nuestra cultura descansa enteramente en esta idea de que puede existir una especie de método universal, válido en sí mismo, independientemente de toda aplicación. Pero esto sigue siendo idea de una sabiduría sin contenido. Ahora bien, hay un punto cierto que enseñan tanto la experiencia del saber como la historia

del conocimiento humano, y es que no existe sabiduría sin contenido, cultura sin experiencia y método sin doctrina; el método no es más que la doctrina en crecimiento. Y es por esta razón que todo método acaba perdiendo su primera fecundidad. Como dice Bachelard, un discurso sobre el método científico no es más que un discurso de circunstancias. No podemos progresar más que creando nuevos instrumentos: la inteligencia humana no es una llave maestra; hay que forjar una llave para cada cerradura. Un fracaso experimental es, tarde o temprano, un cambio de método, e incluso un cambio de lógica. "Toda noción acaba perdiendo su utilidad, su propio significado, cuando nos separamos indefinidamente de las condiciones experimentales en que ha sido formada"; son palabras de Jean Perrin. La idea de una sabiduría indefinidamente idéntica a sí misma, y subsistiendo sin cambios a través de todos los meandros del progreso humano, es totalmente irreal. O bien, entonces, esta pretendida sabiduría es privilegio de algunos "intelectuales": no tiene ninguna influencia sobre la vida ni sobre el devenir efectivo. Una cultura, está ligada directamente a todo aquello que el hombre descubre, inventa, conquista y realiza; y si no es así, esa cultura es una burda mixtificación.

II

Debemos pues rehabilitar la especialización y denunciar al hombre de las generalidades. Durkheim escribía, hace cerca de cincuenta años, que el que se cree libre porque no tiene oficio o profesión que lo ate a una disciplina estricta, no es más que el gran abúlico de nuestro tiempo. Lo mismo podemos decir de la cultura: una certeza vale más que muchas aproximaciones, un único saber es preferible a una multitud de verosimilitudes. Es cierto que la ciencia rehabilita la idea de probabilidad y que preconiza el conocimiento por acercamiento; pero también nos enseña que un conocimiento por acercamiento no es un conocimiento aproximado, justamente porque puede calcular en cada momento su grado de aproximación. El trabajo preciso, exacto, especial, es el único que da al espíritu estos hábitos de métodos y de rigor sin los cuales se pierde incluso el sentido de la verdad. Goethe afirmaba con toda claridad: "La vida, la acción, el arte, deben ir siempre precedidos por el oficio que no se puede aprender más que en la especialidad. Saber hacer, y hacer bien una cosa, da una mayor satisfacción y desarrollo que hacer a medias un centenar".

En realidad, este peligroso error sobre la cultura tiene su origen en una falta de lógica, de reflexión filosófica que debemos sacar a la luz: es la confusión de las nociones de generalidad y de universalidad. Lo general es lo que conviene a la mayor parte de los individuos de una clase; se opone tanto a lo excepcional — que no conviene más que a algunos individuos o a un solo individuo de una clase —, como a lo universal que significa lo que pertenece a todos. Ahora bien, entre la mayor parte y la totalidad no hay sólo una diferencia de grado, sino de naturaleza. La generalidad es del orden empírico: es constante sin ser necesaria. Tiene grados: una propiedad es tanto más general cuanto más pertenece a un número más elevado de los individuos. Por tanto, la generalidad, al igual que la cantidad, debe interpretarse en extensión: una propiedad es más o menos general, y tan sólo la experiencia puede decirnos a cuántos individuos conviene. La universalidad, al contrario, concierne a la totalidad, que no puede jamás ser agotada por suma. Y, al igual que la cualidad, no puede interpretarse en extensión, sino en comprensión; para tener derecho a afirmar la universalidad, al contrario, concierne a la totalidad que convenga a la esencia de la clase. *Es tan sólo, pues, en una experiencia singular que se puede descubrir lo universal; y sólo en la especialidad se puede descubrir la totalidad.*

Múltiples experiencias, individuales y colectivas, me demuestran que el hombre es un lobo para el hombre, y que basta generalizar para llegar a esta falsa ciencia de la común maldad humana; pero a tan sólo en la experiencia única de una amistad se comprende que es Spinoza el que tiene razón contra Hobbes, y que el hombre es realmente un amigo para el hombre, y ningún hecho empírico prevalecerá sobre esta amistad. La verdadera amistad no consiste en generalizar una experiencia extendiéndola progresivamente al mayor número posible de hombres, sino en comprender lo universalmente humano en un caso único. "Lo universal, escribe Maurice Nédoncelle, es la capacidad para extender la presencia de una conciencia a toda la realidad, y hacer presente toda la realidad según una singular perspectiva. Universal y personal son dos nociones inseparablemente unidas a la conciencia humana".

Así comprendemos que toda auténtica cultura puede ser universal, sin dejar de ser personal. Además, ¿qué es una persona sino una perspectiva singular sobre el universo? Lo singular no es más que el eco del orden total en un ser original: lo universal está presente en todas partes, para aquel que sabe descubrirlo.

Así se explica todo lo débil y superficial que hay en la noción de generalidad: busca descubrir lo que es común a un gran número de indi-

viduos por suma de semejanzas, y se comprende que la eliminación de las diferencias conduzca a un puro esqueleto. Esta es la cultura llamada justamente general. Pero si de hecho se aplicase lo general a todos los individuos de una clase, no alcanzaría lo universal puesto que sería obtenido por suma, no por esencia; en todos los sentidos del término, el hombre de las generalidades no halla jamás lo *esencial*. Es cierto que no basta ser especialista para descubrirlo pero, al menos es una condición necesaria. La cultura general es, por definición, la que permanece en la superficie, la superficial: es más bien una especie de signo de reconocimiento de la mayoría de los individuos pertenecientes a una clase, en todos los sentidos de la palabra. Es realmente no saber nada ni sobre el hombre, ni sobre el animal ni sobre la razón el afirmar — a través de la sola generalización de las propias experiencias empíricas —, que el hombre es un animal razonable; pero, por otra parte, descubrir en la experiencia singular del *Cogito* cartesiano la necesidad de la ligazón de mi pensamiento en el ser, la universalidad de la ligazón del pensamiento y de la existencia, esto sí es conocer verdaderamente el hombre y el pensamiento y ser cultivado. Así pues, sólo la especialización permite un conocimiento profundo. La cultura general no es ni singular ni universal: es la cultura anónima, la cultura de los manuales. Un bachiller no es a menudo más que un ser sin cultura, con la cabeza repleta de generalidades y que sin embargo no ha encontrado en todas sus clases ni una sola verdad universal.

III

¿De dónde procede pues esta especie de desconfianza común por la especialización y por el hombre de una especialidad? Es que, con demasiada frecuencia, la especialidad aparece desligada de la totalidad, lo especial de lo universal. Tal es, incluso, el caso habitual en nuestra civilización, o más bien, nuestra ausencia de la civilización. Mientras hay una civilización, no hay peligro para la especialización porque, precisamente, lo universal repercute en lo especial y lo informa desde el interior. Es entonces, a través de las especializaciones múltiples, que los hombres comulgan con un mismo estilo de pensamiento y de vida. Pero justamente, nosotros ya no tenemos estilo. El mayor y más grave error consistiría en tomar el efecto por la causa y mostrarse inflexible ante una especialización tan legítima de derecho como necesaria de hecho. Todo esto no nos conduciría más que a una especie de arreglo burdo, de remiendo de esta cultura general cuyos irremediables defectos ya

hemos señalado.

En lugar de suponer que existe todavía una civilización y hacer de los especialistas y de los técnicos los "boucs émissaires" que la conduzcan a su ruina, es mejor tomar conciencia de la extrema gravedad de la situación y comprender que la crisis de la cultura es ante todo una crisis de civilización. Es porque ya no hay civilización que pueda informar toda nuestra vida y todos nuestros pensamientos, que las diferentes especialidades están, no sólo sin lazos exteriores, sin enlaces más o menos arbitrarios, sino incluso sin comunión interna, sin un significado común. Por esto la yuxtaposición de disciplinas sin referencias única conduce a los alumnos de nuestros institutos y colegios a lo que se ha podido llamar una *ignorancia enciclopédica*. Pero el remedio no puede ser extrínseco: no podrá rehacerse la unidad de nuestro saber con una llamada a una sabiduría que convendría a una civilización muerta. La síntesis, si es necesaria, debe buscarse en la base de la más actual experiencia. Lo que le falta a nuestro mundo es una unidad interna, un fundamento común, un idéntico estilo. Y esta unidad, este fundamento, este estilo no pueden ser aportados desde el exterior; deben surgir, con un esfuerzo de reflexión, de una experiencia personal, de una experiencia en acto.

Lo que no significa que la cultura pueda y deba ser deducida tan sólo de las ciencias y técnicas. Hemos visto, estudiado el trabajo, que éste tenía por objetivo la producción de una obra, pero que la reflexión sobre esta obra permitía conocer mejor el espíritu y que, en suma, era mediador entre la naturaleza y la libertad. Lo que nos clarifica sobre la cultura auténtica. Esta no empieza más que después de haber realizado un determinado esfuerzo y entonces desembocamos en el propio misterio del espíritu, siendo lo más admirable que basta, en cualquier orden, ir suficientemente lejos para descubrir la misma cosa. Es aún necesario que los hombres de una misma civilización estén sostenidos en este esfuerzo por una síntesis común, por un idéntico principio de referencia: en este mundo, el espíritu puede tener una infinidad de avatares, pero es a través de cada uno de ellos que los hombres de una misma época deben descubrirlo de nuevo. La verdadera cultura nos aparece, pues, no como algo impersonal y general, sino como una cosa singular y universal: es la síntesis de todas las adquisiciones y del espíritu humano en nuestro provecho. La cultura resulta esencialmente de un conocimiento, de una experiencia o de una obra que dan juicios. Cultivarse es aprender a juzgar constantemente. Ahora bien, no se puede juzgar nada sin tomar una

posición y, quiérase o no, sin tomar posición sobre todas las cosas. *El hombre cultivado es pues aquél que, maestro de su técnica, sabe situarla en el universo humano y orientarla hacia su verdadero fin.* La cultura es aquello por lo que llegamos a trascender sobre lo que nos individualiza, lo que nos especifica, lo que nos distingue y nos opone, no para perdernos en el otro, sino para situarnos en el universo. Transponiendo una fórmula de Rauh, podemos decir que la conciencia cultivada es una conciencia que se sitúa.

En este sentido, podemos también decir que el hombre psicológico y moral que estas breves páginas han intentado describir, es un *hombre cultivado*. No sólo el sabio antiguo, el santo de la Edad Media, el hombre honesto del siglo XVII o el ciudadano moderno, sino aquél que a través de todos los acontecimientos de su vida privada o pública, se esfuerza por afirmarse como una *persona universal*. La cultura es el todo del hombre, si entendemos por eso trabajo y contemplación, producción de una obra y reflexión sobre ella. Lo universal concreto no puede alcanzarse más que bajo una forma personal y singular. Con la cultura, el hombre se une al mundo y comulga con el hombre; gracias a ella, la naturaleza se humaniza mientras que la humanidad en extensión coincide poco a poco con la humanidad en comprensión. La verdadera inteligencia es un valor de comunión universal que va junto al amor. En la base de toda cultura hay pues una generosidad esencial que empuja hacia el desarrollo de sí mismo y del otro, hacia la *edificación mutua de las personas*. Todo el fin del hombre consiste en situarse con relación al mundo, con relación a los otros. Tal es también el objeto propio de la cultura. La reflexión no es ni un lujo ni un juego ni un gozo sino este esfuerzo ininterrumpido a través del cual la humanidad, en la angustia de la libertad, se hace constantemente haciendo una obra, se reconcilia consigo misma reconciliándose con el mundo y con Dios, se convierte a la vez en más diversas y en más una, siguiendo la intención misma del Amor que une distinguiendo y distingue uniendo.

♦